



"TEN PIEDAD DE MÍ, OH DIOS..."

Por Plinio Corrêa de Oliveira

27 de agosto de 2025

El Dr. Plinio impartió una serie de conferencias sobre los Salmos Penitenciales, que había aprendido a rezar desde su juventud como congregante mariano. En este número, iniciamos la publicación presentando a los lectores comentarios sobre el Salmo 50, el Miserere.

Para saborear adecuadamente el Salmo 50 —y la palabra saborear no es en absoluto una exageración, porque la Sagrada Escritura tiene el sabor santo de la obra del Espíritu Santo— es importante tener primero presentes algunos puntos.

Los Salmos Penitenciales expresan una mentalidad

El Miserere pertenece al grupo de siete salmos llamados «penitenciales». ¿Qué es un salmo penitencial? Claramente, es un himno a Dios en el que el autor expresa su penitencia. Y la penitencia presupone que ha pecado; que, tras pecar, se ha arrepentido; y que, una vez que este sentimiento de arrepentimiento triunfa en él, reflexiona sobre el pecado cometido.

En los Salmos Penitenciales, el salmista considera, sobre todo, la gravedad de su pecado, cómo ofende la majestad de Dios y enfatiza la maldad que encierra. Para demostrarlo, enfatiza la divinidad de Dios y, por lo tanto, su suprema grandeza, su suprema dignidad, subrayando aún más la ignominia de la acción que cometió y que no debió haber cometido.

De aquí surge una petición de perdón con expresión de dolor, con consideración a la justicia divina, subrayando lo justo que sería Dios si castigara el pecado según su gravedad.

Pero, en segundo lugar, el pecador considera también la suprema e infinita bondad de Dios, y, aunque abrumado por un santo temor ante su justicia, le pide que mitigue el castigo, que atenúe de algún modo la severidad de la pena que merece recibir.

Luego viene un momento de gratitud, cuando el pecador reconoce que Dios lo ha perdonado y ha restablecido con él —castigándolo o no— la amistad del pasado.

Estos son los diversos elementos de la contrición perfecta, expuestos en un lenguaje que, sin ser exagerado, expresa una mentalidad contraria a la que favorece el hombre moderno. Los Salmos Penitenciales son bastante radicales,

expresando con gran fuerza la maldad del pecado y un intenso arrepentimiento que demuestra la excelente calidad de la contrición del salmista.

Un salmo para la recitación diaria

¡Qué maravilloso sería que el Salmo 50 se rezara a diario en iglesias y oratorios! Es tan apropiado para regenerar las almas manchadas por el pecado.

Analicemos tu texto:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu gran misericordia.

La idea que expresa esta frase inicial es la de un pecador que habla con Dios. En este caso, se trata del rey David, quien ha pecado y se dirige a Dios pidiendo misericordia y perdón.

Pero no pide simplemente perdón según la misericordia de Dios. Lo pide según la "gran misericordia" de Dios. Como si insinuara que su pecado es tan grave que, sin una misericordia extraordinaria, no puede ser perdonado. Es la manera en que el pecador se humilla y declara que sabe que solo mediante una bondad excepcional será perdonado.

Y conforme a la multitud de tus misericordias borra mi iniquidad.

¡Qué hermosa expresión, «la multitud de tus misericordias»! Dios es misericordioso y tiene multitud de misericordias latentes en él. Ante el pecador contrito, arrodillado en su presencia, Dios ve todo lo que sucede en su alma. Y el pecador, sabiendo esto, le dice:

No me dirijo a ti con una clemencia común, ni con la clemencia con la que tú, infinitamente bueno, tratas habitualmente a las criaturas, Dios mío. Lo hago porque sé que tu clemencia —nótese la belleza de la palabra «clemencia» en plural— borrará mi iniquidad.

La palabra "iniquidad", casi por su sonido, conlleva una nota de especial execración hacia el pecado cometido. En el caso de David, se trata del pecado de adulterio, cargado de detalles sumamente reprensibles. El término "iniquidad" implica que el pecador reconoce la carga de muchos pecados.

Es el contraste: Dios, que tiene multitud de misericordias, y el pecador, que tiene muchas iniquidades. Las muchas iniquidades, por así decirlo, no serán absueltas solo por cierto arrepentimiento del pecador, porque esto parecería insuficiente, desproporcionado a la ofensa cometida contra Dios. El perdón vendrá conforme a la multitud de sus misericordias.

David parece decirle a Dios: Noto dentro de mí cierta tristeza. Pero cuando considero la tristeza que debería tener y la comparo con la que tengo, Dios mío, ¡qué tristeza tan insignificante tengo! ¡Qué tristeza tan insignificante! Si no fuera por la multitud de tus clemencias, mi iniquidad no sería borrada.

La palabra "borrar" nos recuerda lo que hace un borrador con la escritura en una pizarra. La pizarra puede estar llena de acusaciones contra el pecador, pero si alguien pasa el borrador sobre toda la escritura con tiza, todo se convierte en polvo, y la pizarra permanece como estaba.

Esta es también la situación del pecador. Ha ofendido a Dios. Pero si Dios lo borra, su alma quedará como si nunca hubiera pecado.

Lo que pide precisamente el salmista es esto: que la situación de su alma, delante de Dios, sea como si nunca hubiera habido pecado.

Como si dijera: “Yo sé, Dios mío, que todo esto lo he hecho yo, pero Tú tienes multitud de clemencias y hay algo que sólo Tú puedes hacer: borrar mi pecado, con un perdón tan completo, tan radical como si nunca hubiera cometido esta ignominia en Tu presencia.

Dios mío, considerando tu bondad, me arrodillo y te pido: que esos días de maldición y pecado, Dios mío, sean borrados de mi vida. Que no sean juzgados por ti cuando comparezca ante ti como mi justo juez. Que sean incinerados, quemados por los rayos de tu bondad, y que pueda presentarme ante ti como si nunca hubiera pecado.

El mundo se convertirá si le dice a Dios lo que dice el Salmo 50.

Lávame más y más de mi iniquidad, Y límpiame de mi pecado.

Lávame cada vez más, es decir: Dios mío, comprendo que soy tan inmundo, comprendo que la acción que he cometido es tan terrible, me duele tanto, Dios mío, haberte ofendido de esta manera, que para recuperar tu gracia, para que tu sonrisa vuelva a brillar sobre mí, y pueda volver a ser David, tu amado, y no tu traidor, debes quitar la repugnante escoria de mi pecado. Tú todo lo puedes. El agua que pasa por tus manos, corriendo sobre mi cuerpo impuro e infectado, me lavará, y quedará limpio.

Es necesario, Señor, que me concedas muchos perdones, que me concedas muchas misericordias, para que finalmente pueda ser liberado de mi pecado. Es tan horrible como una lepra que se me pega y se niega a irse; pero si le das una orden, huirá, y entonces seré purificado.

Porque yo reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre delante de mí.

Una hermosa frase en la que reconoce la maldad, la injusticia y la naturaleza criminal de la acción que cometió, tanto que, a lo largo del día, como un fantasma, el recuerdo de la maldad que cometió lo persigue. El pecado está constantemente ante él, como el acusador ante el acusado.

Como si el autor del Salmo oyera al pecado decirle:

Eres como yo. Me practicaste, y por eso me adherí a ti, me convertí, por así decirlo, en parte de ti. Como la lepra en el cuerpo de un leproso, así yo, el pecado, estoy pegado a ti. Soy el adulterio, soy la falta de fidelidad a la fe prometida, soy la sensualidad, soy la desvergüenza; soy lo que lleva a los hombres a cometer malas acciones, como enviar a la muerte al general Urías, esposo de Betsabé... Soy el pecado, y tú, David, eres mi esclavo. ¡Vivo en ti, te domino!

Pero entonces el pecador dice:

Es cierto, el pecado me ha estado reprendiendo todo el día, y es justo. Pero, oh Dios, tú puedes purificarme. Y en cuanto esté limpio, le diré al pecado: «Yo era como tú, pero hoy soy tu enemigo mortal. ¡Fuera!».

El mundo de hoy, si pudiera tener una voz colectiva para hablar con Dios, diría lo que expresa el Salmo 50. Y si así fuera, se convertiría.